

# Esbozo de una nueva agenda para la formación docente

## Más allá de la instrucción y la funcionalidad



por Antonio Bernal Guerrero

Cuando circunscribimos nuestra reflexión al sistema escolar, apenas habrá discrepancia en afirmar que la calidad educativa está vinculada a la ayuda que ofrezcamos al alumnado para su pleno desarrollo. Esta afirmación, tantas veces repetida y de tantas formas a lo largo del tiempo, a menudo no es sino un tópico entre esa miríada de lugares comunes en la que se despliega nuestra existencia. Si se repara en ello, dicha aseveración no deja de ser una abstracción. En realidad, de lo que se trata es de ayudar a la educación de cada estudiante, un ser único, alguien irrepetible, que no está hecho

**Cada persona reclama reconocimiento a su dignidad, nos reivindicamos, lo sepa o no, su puesto en el mundo**

en serie. Cambian las circunstancias, evidentemente, y atravesamos tiempos de enorme incertidumbre; pero hay una verdad igualmente latente: cada persona reclama reconocimiento a su dignidad, nos reivindicamos, lo sepa o no, su puesto en el mundo. Aproximarse a esta noble finalidad no puede hacerse si renunciamos a la búsqueda de sentido, al logro del conocimiento que pueda conducir a la sabiduría. Evitar las limitaciones de la funcionalidad supone abrirse a una agenda de aprendizaje más amplio, sustantivo y profundo.

No oculto mi desánimo cuando leo, escucho o veo, con mayor frecuencia de la deseable, opiniones que instrumentalizan la educación bajo diferentes propósitos convirtiéndola en una danza multicolor de pequeñas miserias, que proponen soluciones parciales o simples al problema de la calidad educativa, que se dejan arrebatar por una nostálgica idealización del pasado o, aún peor, que dibujan escenarios apocalípticos donde sobrarán



## **Analizar y comprender la educación es una labor muy compleja. No se remedia con pretendidas soluciones cortoplacistas**

los docentes y las instituciones escolares. Si algo hemos debido aprender de las últimas décadas es que analizar y comprender la educación es una labor muy compleja. No se remedia desde planteamientos ideológicos en exceso simples, ni con pretendidas soluciones cortoplacistas (esas premuras generalmente adoptadas desde las agendas políticas de turno). No pretendemos realizar aquí un bosquejo de dicha complejidad, pero sí afirmar que el problema de la calidad de la educación no se resuelve simplemente desde el sentido común, proporcionando buenas razones. Este problema precisa hoy una agenda renovada que revalorice y

dignifique socialmente la educación. Dentro de ella, los agentes de cambio más significativos son los docentes e investigadores. No solo la docencia cambia y llena la propia vida, también cambia otras vidas. Ya es paradigmática la referencia a la carta que envió Albert Camus a su querido maestro de la infancia en Argel, Germain Louis, prácticamente un mes después de recibir el Premio Nobel de Literatura en 1957<sup>1</sup>.

Se ha puesto de manifiesto en infinidad de investigaciones la importancia que el profesorado tiene para la formación del alumnado. Ciertamente, las mejores oportunidades de aprendizaje dependen de qué docentes sean los responsables de ofrecerlas. Así, entramos en el difícil problema de la formación docente. Y tampoco debemos abordarlo como si el mundo no se hubiera transformado y como si las investigaciones acumuladas hasta hoy no nos hubiesen aportado nada.



Decía George Steiner que no hay dedicación más privilegiada que la docente, que la “libido sciendi” está grabada en los mejores hombres y mujeres: “Despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros; inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos; hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos: esta es una triple aventura que no se parece a ninguna otra”<sup>2</sup>. Este compromiso apasionado por el que se percibe que tu quehacer es algo que te sobrepasa, que contribuye al bien común, que te otorga plenitud, no es sino “vocación”. Una porción del profesorado se identifica con esta orientación laboral. Sin embargo, existen otras. Hay quienes consideran la enseñanza un “trabajo”, una forma de ganarse la vida. Y, continuando con una tercera “orientación laboral”, según los tipos señalados por Seligman<sup>3</sup>, otros la consideran una “carrera”, que tiene una implicación personal más profunda, puesto que además de obtener logros salariales, también se satisfacen mediante la promoción; pero, cuando esta se detiene, se buscan compensaciones y sentido en otros ámbitos. Aunque pertenecer a uno u otro tipo no garantice ser mejor docente<sup>4</sup>, cabe presuponer que su sentido de la identidad profesional y su nivel de compromiso sí diferirán en función de cada una de ellas<sup>5</sup>. Todas las decisiones adoptadas en la dirección del compromiso con la acción educadora contribuirán a la mejora de la calidad educativa, en la medida en que implica un sólido sentido de la finalidad moral, eficacia y capacidad de iniciativa e influencia.

Qué hacer en medio de contextos social y culturalmente cambiantes, frente al desafío tecnológico, ante las presiones de una pujante agenda de la “performatividad”. Ya no sirven perfiles de tiempos pasados. Obviamente, se sigue requiriendo formación en las áreas curriculares, pero los retos intelectuales adquieren renovado interés por la necesidad de cultivar el sentido crítico, la capacidad reflexiva y el pensamiento creativo. Los desafíos relacionales y emocionales han emergido con inusitada fuerza. La identidad profesional no se puede describir como un proceso meramente racional, sino también e inseparablemente emocional<sup>6</sup>. En este

## Los retos intelectuales adquieren renovado interés por la necesidad de cultivar el sentido crítico y la capacidad reflexiva

sentido, las identidades profesionales están sometidas a los mismos procesos de cambio y resistencia que las propias identidades personales, lo cual supone considerar al profesor como persona y no como empleado. Así mismo, los vínculos del docente con otros docentes y con la cultura organizativa, con el ethos institucional, como ha mostrado una ingente cantidad de estudios, constituyen un elemento favorecedor del bienestar individual y colectivo que repercute positivamente en el alumnado. Seguir concibiendo la formación docente como una continuidad lineal resulta simplista y escasamente práctico.

Tomar conciencia de lo que supone la dedicación docente significa aceptar que uno se interna incesantemente en una experiencia singular e irrepetible. Aunque la persigamos, la excelencia docente nunca se alcanza. Vivimos en un proceso de redescubrimiento permanente acerca de quiénes somos y qué influencia llegamos a tener, a través del estudio y la reflexión continuas sobre en qué consiste y cómo se desarrollan la educación y la propia profesión docente, no restringidas a todos los procesos meramente instructivos. La riqueza y el vigor de la reflexión deben alumbrar la formación docente, especialmente focalizada en la disponibilidad y en todas esas cualidades que invitan a ofrecer con entusiasmo lo mejor de uno mismo.

**Antonio Bernal Guerrero** es Catedrático de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Sevilla. Fundador y director del Grupo de Investigación Pedagógica de la Persona. Profesor visitante en varias universidades internacionales. Experto de diversas agencias de evaluación y acreditación de la investigación y del profesorado.

### Referencias

<sup>1</sup> "...Acaban de hacerme un grandísimo honor que yo no había buscado ni solicitado. Pues bien, cuando recibí la noticia, mi primer pensamiento, después de mi madre, ha sido para usted. Sin usted, sin esa mano afectuosa que tendió al niño pobre que yo era, sin sus enseñanzas y su ejemplo, no habría sucedido nada de todo esto" (p. 53). Cfr.: Camus, A. (2022). "Cartas a mi maestro". Barcelona: Plataforma Editorial.

<sup>2</sup> Steiner, G. (2016). "Lecciones de los maestros". Madrid: Siruela, p. 173.

<sup>3</sup> Seligman, M.E.P. (2003). "La auténtica felicidad". Barcelona: Ediciones B.

<sup>4</sup> La selección del profesorado continúa siendo una asignatura pendiente. Ha habido discusión sobre la misma y se han realizado propuestas diversas.

Un modo posible de fortalecer la profesión docente consiste en mejorar la selección inicial. En este sentido, por ejemplo, se ha propuesto para el profesorado de educación secundaria una fórmula análoga al MIR establecido para la profesión médica especializada. Sea ésta u otra fórmula, es preciso mejorar la selección del profesorado (véase: F.L. Rupérez (2014). "Fortalecer la profesión docente". Madrid: Narcea). Con todo, el reconocimiento social del profesorado y la mejora de las condiciones laborales y organizativas son necesarias pero insuficientes.

<sup>5</sup> Day, C. (2014). "Pasión por enseñar. La identidad personal y profesional del docente y sus valores". Madrid: Narcea (5ª ed.)

<sup>6</sup> La enseñanza es un proceso muy complejo que requiere energía intelectual y emocional. La comunicación apasionada del saber es el mejor antídoto contra todo intento de suplantación del profesor. Por otra parte, la diversidad del alumnado y de los contextos formativos, en creciente progresión, exigen un ímprobo esfuerzo emocional.